

Fragmentos de una inundación

Los días de la fiebre: Corea del Sur, el país que desafió al virus

ANDRÉS FELIPE SOLANO
Planeta, Bogotá, 2020, 128 pp.

EL DÍA que escribo esta reseña Corea del Sur registró 27.553 casos de covid-19 confirmados, 25.029 personas recuperadas y unas 480 muertes. El virus llegó en febrero de 2020 y, a nueve meses de su aparición, se podría decir que está controlado. Mientras, en Colombia, un territorio con unos dos millones de habitantes menos que el país asiático, las cifras son muy diferentes: el mismo día hay 1,14 millones de casos confirmados; 1,04 millones de personas recuperadas y 32.791 muertes*.

La diferencia entre cómo ambos gobiernos han afrontado la crisis se aborda en las páginas de este libro. Solano brinda una mirada cercana y aguda a la cotidianidad surcoreana, a la difusión de información de interés, las medidas de seguimiento y el miedo constante a un contagio. Soliloquios de una pandemia en la que todos acumulamos preguntas.

Andrés Felipe Solano es un viejo conocido en las librerías colombianas. El escritor y periodista publicó las novelas *Sálvame, Joe Louis* (2007), *Los hermanos Cuervo* (2013), *Cementerios de neón* (2016), y los libros de no ficción *Corea: apuntes desde la cuerda floja* (2014), libro ganador del II Premio Biblioteca de Narrativa Colombiana de la Universidad Eafit; *Salario mínimo. Vivir con nada* (2016) y *Los días de la fiebre: Corea del Sur, el país que desafió al virus* (2020). Entre sus varios reconocimientos está el haber sido incluido en la edición número 113 de *Granta*, dedicada a los mejores narradores jóvenes en español hace exactamente una década, cuando apenas tenía un libro publicado.

Los apuntes que componen *Los días de la fiebre* son, recurriendo a una frase de Valeria Luiselli, “el mejor modo de sustraer el futuro del pasado, la única forma de encontrar la claridad en retrospectiva”. Andrés Felipe construye una estructura narrativa que recorre la aparición del virus, la pro-

pagación y el control gubernamental, a la par que sus pensamientos, miedos, la vida en pareja y la amistad. Un momento que transitamos en colectivo.

El dique se empezó a construir con la seguridad de que habría inundación, el por si acaso no existió nunca. Porque un virus es eso, una partícula de incertidumbre que no se contenta con un huésped, quiere millones, ansía hermanarnos a todos en la fiebre, recordarnos que no hemos dominado nada, preguntarnos qué hemos hecho para que merezcamos sobrevivir. (p. 46)

Con una narración grácil, llena de detalles y con la brevedad característica de otros textos como *Corea: apuntes desde la cuerda floja*—editado por Leila Guerrero—, Solano vuelve a “saquear su propia vida para ofrecerla al mejor postor”, citando el libro ya mencionado. La única diferencia es que, en esta ocasión, las fronteras se han vuelto difusas por cuenta del coronavirus, por lo que es sencillo reconocernos en los apuntes del autor.

Y no las fronteras físicas, que por el contrario han resurgido con la fuerza del nacionalismo, acompañadas de cierres, ataques a ciudadanos asiáticos, insultos, xenofobia y un repudio al turismo que diseminó el virus por el mundo. Los límites que dividían la vida humana en categorías, la distancia que nace del lenguaje, las costumbres y los rasgos culturales, se difuminaron momentáneamente. Desde los diarios se habló de la “raza humana”, de una “amenaza a la humanidad”, una eventual “extinción” y el “enemigo común”. Poco duró la unión.

A medida que avanza la narración es evidente la transparencia con la que el gobierno surcoreano manejó la información respecto a los focos de contagio y los pacientes. El seguimiento es milimétrico. Para nadie es un misterio que una miembro de la Iglesia de Jesús Shincheonji fue la responsable de una cantidad considerable de contagios en la ciudad de Daegu. Sin embargo, el libro nos lleva más allá, de la mano de la curiosidad de Solano. Es una invitación a lo doméstico; a ver de cerca la manera como el autor se involucra con las historias desde que salen a la luz, y qué va descubriendo a medida que el

tiempo pasa; a ser testigos de lo que ven sus ojos en las calles, ventanas y vagones que transita diariamente, y a recorrer los pasillos iluminados de su psique en medio de la incertidumbre y la reflexión, con la ayuda de libros, películas y canciones. “Siempre hay alguien que nos está observando. Aunque también ansiamos ver sin que nos vean, saber de otras vidas sin revelar de la nuestra” (pp. 20-21).

Es precisamente esa premisa, la de tener que revelar nuestra vida, la que atraviesa el relato de manera horizontal. Un corte limpio en medio del aumento de casos, los protagonistas de los focos de infección, el panorama político y la vida en el hogar. La información recolectada de los celulares de los pacientes, contrastada con sus testimonios, comienza a tejer un mapa de líneas con las que es posible haberse cruzado. Recorridos de un virus invisible que amenaza con borrarlos. Las alarmas constantes, los encuentros fortuitos con la estela digital de un infectado, el miedo a haber visitado justo ese restaurante, la rabia con el vecino que trajo consigo el covid-19. En este libro, las más aparentes nimiedades construyen un lenguaje universal, casi poético: el lenguaje pandémico. “Los dioses y los virus son invisibles a nuestros ojos” (p. 73).

Al leer *Los días de la fiebre* es imposible no recordar la cantidad de sucesos y testimonios sobre control mental, teorías conspirativas, pistolas que no miden la temperatura sino que provocan daño cerebral, chips en tapabocas, vacunas para el resurgimiento de la Unión Soviética y cuanta fábula orbita al 2020. De hecho, su lectura muestra la importancia de recolectar información de celulares y dispositivos móviles para evitar la propagación del virus de manera caótica. La reinterpretación de la privacidad en medio de una pandemia.

El 95% tenemos zonas oscuras hechas a la medida de nuestras pequeñas vidas, alguna patética foto desnudos, un comentario hiriente y desagradable hecho a la espalda de un amigo, un odio nebuloso por el padre o la madre, un desprecio por nuestro jefe, en todo caso comprensible. Y ni siquiera eso se sabría, porque esas minucias no le interesan al epidemiólogo. (pp. 74-75)

¿Estaría dispuesto a que, en caso de resultar positivo, todo el mundo tuviese acceso a su itinerario con el fin de saber si estuvieron o no en contacto con usted? O, mejor aún, ¿qué tan seguido consultaría una aplicación que le dice si se cruzó con un caso positivo? Cabe resaltar que no se trata de subirlo a la palestra, sino de leer su huella digital para poder controlar los brotes.

El pasado cercano desde el que el autor escribe sigue vigente, no se ha desmoronado del todo. Es más, en medio de la situación actual, resulta ser una especie de diario que se redacta con el paso de los días, al menos de este lado del mundo. Cada página nueva, a pesar de existir en un mes del que posiblemente ya no hay grandes recuerdos, esboza un sentimiento/idea/pensamiento que logra transgredir las leyes más elementales del tiempo y el espacio.

Este proyecto literario que mezcla diario, crónica y ensayo personal atraviesa la experiencia humana en medio de una pandemia que, ojalá, termine pronto. Pero, mientras eso pasa, tenemos los apuntes de un hombre que, al igual que todos, reflexiona como puede acerca de cómo era la vida antes de que todo esto sucediera.

Extraño los bares, los desconocidos, sus olores y la oscuridad. Es doloroso pensar en un mundo sin bares. Los conozco desde los diecisiete años. Extraño poder decir: qué pereza ir a un bar, mejor quedémosnos en la casa. (p. 120)

*Los datos para el 24 de marzo de 2021 arrojan que Corea del Sur tiene 99.846 casos confirmados, 91.560 recuperados y 1.707 muertes. Mientras, Colombia registra 2,35 millones de casos confirmados, 2,24 millones de recuperados y 62.274 muertes.

Nicolás Rocha Cortés